

Introducción

«Pero ¿para qué viajan la mayoría de los que viajan?», se preguntaba Unamuno. «¿Hay algo más azarante, más molesto, más prosaico que el turista? El enemigo de quien viaja por pasión, por alegría o por tristeza, para recordar o para olvidar, es el que viaja por vanidad o por moda: es ese horrible e insoportable turista que se fija en el empedrado de las calles, en las mayores o menores comodidades del hotel y en la comida de este. Porque hay quien viaja, horroriza el tener que decirlo, para gustar distintas cocinas. Y otros para correr teatros, cafés, casinos, salas de espectáculos, que son en todas partes lo mismo, y en todas igualmente infectos y horrendos. Y hay quien viaja por topofobia, para huir de cada lugar, no buscando aquel a que va, sino escapándose de aquel de donde parte».

Esta no es una guía para topófobos. O no para grandes topófobos, esos que viajan huyendo de sus lugares de origen, cuanto más lejos, mejor. Es una guía para viajeros a los que no les gusta alejarse mucho de casa: doscientos kilómetros como máximo. En ese radio de acción, medido desde la madrileña Puerta del Sol, se hallan todos los destinos de este volumen.

Sin alejarnos mucho de Madrid, pues, viajaremos con esta guía a lugares hartos conocidos —San Lorenzo de El Escorial, Aranjuez, La Granja, Ávila, Segovia, Cuenca, Toledo...—, pero también a parajes recónditos, como el valle segoviano del río Pirón, donde se esconden diez preciosas iglesias románicas, o como las torcas de la Serranía Baja de Cuenca, antiguas cavernas formadas por la disolución de la roca caliza, cuyos techos han acabado por desplomarse, formando inmensos cráteres de bordes escarpados, muy parecidos a los que crean las erupciones volcánicas o los impactos de los meteoritos. El Valle de los Neandertales, en la sierra madrileña; la villa romana de Noheda, cerca de la capital conquense; y los volcanes del Campo de Calatrava, en Ciudad Real, son otros lugares difíciles de creer y de encontrar que figuran en esta guía. Y están a dos horas —o menos— de casa.

7 El Valle de los Neandertales

Una mujer entierra a su hija de poco más de dos primaveras, una chiquilla que quizá se llamaba Hoja de Roble Atada con Nudo Doble pero que cuarenta mil años después será conocida como la Niña del Lozoya, sin más. Cerca arden fuegos que iluminan día y noche los grandes trofeos de caza de la tribu. Varios jóvenes fantasean con lancear algún día un uro formidable, mayor que aquel que asombra las paredes de la cueva con su enorme cornamenta. Un

hombre, quizá el padre de la niña, solloza. Otro canta.

Aún no es más que una hipótesis, pero los últimos hallazgos realizados en la cueva Des-Cubierta, uno de los cinco yacimientos que integran el Valle de los Neandertales, en Pinilla del Valle, sugieren que esto fue un santuario. ¿Neandertales reunidos en un lugar de culto? ¿No quedamos en que enterrar, reverenciar, invocar... son verbos puramente humanos? Lo son. ¿Pero quién ha

CÓMO LLEGAR

Pinilla del Valle dista 89 km de Madrid yendo por la A-1 hasta la salida 69 y luego por la M-604.

COMER

El Corralón del Embalse (Pinilla del Valle, <restauranteelcorralondelembalse.com>), La Cañada (Pinilla del Valle, <sierranorte.com/terrazalacanada>).

DORMIR

La Posada de Alameda (Alameda del Valle, <hotelposadadealameda.es>), El Rincón de Rascafría (Rascafría, <elrinconderascafría.com>).

MÁS INFORMACIÓN:

<elvalledelosneandertales.com>.

dicho que los neandertales no lo eran?

La cueva Des-Cubierta es la traca final de la visita a los yacimientos del Calvero de la Higuera, más conocidos como el Valle de los Neandertales, pero el recorrido dura un par de horas y encierra muchas otras gratas sorpresas. Empezando por el propio camino, que se acerca a los yacimientos de la orilla sur del embalse de Pinilla rodeando su cola, donde desagua y se amansa el bravo Lozoya. De postal son las vistas de la presa y de las cumbres que la rodean, señoreadas todas ellas por Peñalara, la madre del Lozoya.



El abrigo de Navalmaillo, de unos trescientos metros cuadrados y capaz para una veintena larga de ocupantes, se ha revelado como uno de los campamentos de neandertales de mayor entidad de la península Ibérica, testimonio de un amplio periodo del Pleistoceno Superior —entre 200 000 y 40 000 años antes de ahora—, cuando a finales de verano subían manadas de uros, bisontes, équidos, cérvidos, cápridos y rinocerontes buscando los frescos pastos del valle del Lozoya y, tras ellos, los grandes depredadores: leones, leopardos, cuones o perros rojos, lobos, osos, hienas... Y, por supuesto, los mayores depredadores de todos, los neandertales.

Después de alucinar con los neandertales madrileños, podemos quedarnos a comer en los dos restaurantes que hay junto al embalse de Pinilla. El embalse, además, es una tentación irresistible al baño, pero como está prohibido, lo mejor es hacer piragüismo o *paddle surf*. Caerse de una piragua al agua, o de una tabla, no está prohibido. Para esto último hay que ir al pueblo de Lozoya, en la orilla nororiental del embalse, que es donde alquilan las barcas. En Lozoya también está el Horno, donde Amador hace pan con masa madre, harina de cereales

ecológicos y el calor de la leña de encina. Lo hace y enseña a hacerlo en cursos de un día.

Otro día —o el mismo, si no paramos un minuto— subiremos de Lozoya al puerto de Navafria por la carretera M-637 y, aparcando en el Área Recreativa de las Lagunillas, nos echaremos a andar en busca de las lagunas de los Hoyos de Pinilla, unas charcas glaciares preciosas que se ocultan a casi 2100 metros de altura, al pie del pico del Nevero. Tres horas se tarda en ir y volver por una senda evidente.

Tampoco anda lejos de Pinilla y de su embalse el pueblo de

Canencia. El arroyo de Canencia, afluente del Lozoya, enhebra tres puentes medievales de fantasía, que parecen sacados del *Amadís de Gaula* y que pueden visitarse dando un sencillo paseo de dos horas y media. Otro paseo imprescindible es el que, desde el puerto de Canencia, atraviesa un hermoso abedular relicto, testigo de los bosques que colonizaron el Guadarrama en los días mucho más fríos y húmedos de la última glaciación, y lleva hasta la chorrera de Mojonavalle, donde el arroyo del Sestil del Maillo se descuelga un centenar de metros por cascadas y toboganes. En otoño es un diez.



25 Valle Amblés

Hay a quien no le gusta lo que hace Agustín Ibarrola, eso de pintar árboles y pedruscos en el monte o al borde del mar. Es verdad que existen muy buenas razones para dejar en paz a la naturaleza y no como si hubiera habido una guerra mundial de *paint-ball*. Pero también es cierto que las obras del vasco atraen a multitud de curiosos a lugares que, como el bosque vizcaíno de Oma o el orensano de O Rexo, antes ni figuraban en los mapas. En los turísticos no, desde luego.

La dehesa de Garoza, en Muñogalindo, no es una excepción. Antes de que se inaugurase en 2015 la intervención artística de Ibarrola, poca gente había oído hablar, no ya de este pueblecito abulense, sino del gran valle Amblés, al que pertenece, y eso que están al lado de Ávila capital. Ahora, en cambio, son legión los que, antes de pasear por la dehesa de las piedras pintadas, se asoman al mirador del Valle y descubren el que, según Unamuno, era un «hermosísimo» y «genuino paisaje

CÓMO LLEGAR

la dehesa de Garoza está en Muñogalindo, a 130 km de Madrid. Se va por la AP-6 hasta Villacastín, por la AP-51 hasta Ávila y por la N-110 hasta el kilómetro 273. Hay que desviarse hacia Balbarda y aparcar 1 km más adelante.

COMER

Juan Luna (Muñogalindo, tel. 920 26 57 41), El Rollo (Solosancho, tel. 920 29 11 12).

DORMIR

Florentino (<florentino-robedillo.com>), Parador de Ávila (Ávila, <parador.es>).

MÁS INFORMACIÓN:

<ibarrolaengarozca.com> y <turismoavila.com>.

castellano». Habría que ver lo que opinaba Unamuno de las rocas coloreadas por su paisano —y, ya que estamos, de los generadores eólicos que salpican los montes circundantes—, pero eso ya es harina de otro costal.

Para ver las piedras pintadas de Ibarrola, saldremos de Ávila por la carretera N-110, dirección Plasencia, y justo antes de llegar a Muñogalindo nos desviaremos a la derecha por la AV-P-610 hacia Balbarda. Un kilómetro más adelante encontraremos un pequeño aparcamiento junto al mirador del Valle y, enfrente, una pista de tierra por la





que subiremos paseando en cinco minutos al Centro de Recepción de la Dehesa de Garoza. Siguiendo a partir de aquí varios senderos con la ayuda de un plano y una audioguía, recorreremos la inmensa obra de *land-art* que componen las más de ciento cuarenta peñas pintadas, las encinas y el azul purísimo del cielo de Ávila. Una hora y media, como poco, echaremos en hacer un recorrido completo por la finca, con las lógicas paradas. Antes de ir, llamaremos al 667 47 64 88 para informarnos de los horarios.

A diez kilómetros de la dehesa de Garoza, en la ladera de enfrente del valle Amblés —la sur—, se encuentra el castro de Ulaca, que en su día, entre los siglos VI y II antes de Cristo, fue un poblado fortificado enorme, quizá la capital de los vetones, los celtas que dejaron Ávila, Salamanca y Cáceres

sembrados de verracos. Dicen que Ulaca, en su parca lengua, significaba «el corazón de la Tierra».

Como el castro aparece bien indicado en los navegadores, no tendremos dificultad en localizarlo

y llegar en coche hasta la misma entrada de la zona arqueológica, subiendo medio kilómetro por una pista de tierra en buen estado que nace en la aldea de Villaviciosa. Tras la portilla metálica arranca un sendero jalonado con mojones y paneles informativos que nos permitirá recorrer todo el enclave en unas tres horas, prestando especial atención al altar de sacrificios y a la sauna ritual, los dos elementos más llamativos de Ulaca.

Dando luego otro salto de diez kilómetros, nos plantaremos en el pueblo de Mironcillo, y ascendiendo a pie por una buena pista de tierra —tan buena que hay quien sube en coche— llegaremos en una hora junto a un precioso castillo roquero del siglo XV: el de Aunqueospese o Manqueospese. La leyenda adelanta su construcción al siglo XIII y habla de un caballero matamoros enamorado de la hija del gobernador de Ávila. El papá, celoso, le prohibió rondarla. «Mal que os pese —dijo el caballero— la veré». Y cumplió su palabra erigiendo este castillo montañés a dieciséis kilómetros de la ciudad, desde donde podía ver el balcón de su amada. Al igual que el castro de Ulaca, el castillo y el arranque del camino que lleva hasta él aparecen claramente indicados en Google Maps. El que se pierde es porque quiere.



42 Buendía, Monsalud y Ercávica

Buendía es un pequeño lugar de la Alcarria conense al que le llueven las obras colosales: la iglesia gótica de mil metros cuadrados, la muralla medieval y una presa que en 1958 transformó el río Guadiela en un océano de 1600 millones de metros cúbicos y cincuenta kilómetros de riberas. El mar de Castilla, le dicen al embalse de Buendía.

También colosales son los rostros de divinidades que aparecen esculpidos en la orilla rocosa

del embalse, a cuatro kilómetros al norte de la población: Krishna, Maitreya, Arjuna... No son obra de hombres prehistóricos. Ni de ningún famoso artista moderno. Son el capricho de Eulogio Reguillo y Jorge Maldonado, dos amigos aficionados a la escultura y el esoterismo que las esculpieron por su cuenta y riesgo a finales del siglo pasado. En total, hay veinte relieves. Y miden hasta 3,5 metros de altura. ¿*Land art*? Mucho *art*, la verdad, no tienen, pero son pura

CÓMO LLEGAR

Buendía está en el noroeste de Cuenca, a 129 km de Madrid. Se va por la A-2 hasta Guadalajara, por la N-320 hasta Sacedón y por la CM-2000 hasta Buendía.

COMER

Julmi (Buendía, tel. 680 87 91 18), Casa Goyo (Alcocer, tel. 949 35 50 03).

DORMIR

La Casa de las Médicas (Buendía, <lacasadelasmedicas.com>), Mariblanca (Sacedón, <hotelmariablanca.com>).

MÁS INFORMACIÓN:

<rutadelascaras.com>.

land, tierra hecha cara, roca que acecha con cien ojos al caminante en las sombras del pinar, cual pirámide maya devorada por la selva,

o contempla con hipnotizadora fijeza de moai las aguas del embalse. Un sitio raro. Y un bonito paseo que se describe con todo detalle en <rutadelascaras.com>.

Se conoce que la roca del lugar se presta bien a lo irracional, porque ocho siglos y medio antes de que Jorge y Eulogio tallaran las caras, los frailes cistercienses labraron un monasterio completo, el de Monsalud. Fue en 1140, junto a la aldea guadalajareña de Córcoles, a donde se llega desde





Buendía rodeando el embalse por el norte, vía Sacedón. Un monasterio que, haciendo bueno su nombre, acogió en 1177 a Alfonso VIII, que venía de reconquistar Cuenca, «fatigado de graves tristezas y dolencias de corazón», y le curó de todos los males con la simple unción del aceite de sus lámparas.

Merced a milagros como aquel, Monsalud se convirtió en uno de los centros de peregrinación más importantes de la España medieval, un sanatorio efficacísimo, según era fama, contra la rabia, las melancolías de corazón y el mal de ojo. Pero a aquel gran monasterio, que había sido señor de todas las tierras que abrazan el Guadiela y el Tajo, le llegaría, como a tantos otros, la decadencia, la desamortización (1835), la ruina y el olvido. Y para estos males no hubo remedio milagroso en el Lourdes de la Alcarria.

ple ábside en el que nada cuesta imaginar a los monjes diciendo tres misas simultáneas, pues eran muchos y el día breve. Sobrecoge el silencio del claustro, el cual conserva tres de sus pandas cubiertas, con recios machones sosteniendo bóvedas de complejas formas estrelladas. Y estupefacta la belleza de la sala capitular, un bosque de columnas, capiteles de tema vegetal y bóvedas de crucería que es, sin duda, la más memorable ruina de Monsalud.

Otro lugar que se llevó el vendaval de la historia, dejando las riberas del Guadiela llenas de fantasmas y melancolía, es

A pesar de su desnudez y de estar medio hundida, impresiona la enormidad de la iglesia, que es de estilo románico de transición, con estratosféricos arcos apuntados, capiteles ciclópeos y triple

Ercávica. Sobre el cerro de Santa-ver, a cinco kilómetros del pueblo conquense de Cañaveruelas, afloran los restos de la que fue, según Tito Livio, una «pótenis et nobiliss civitas» celtíbera. Dos zonas del yacimiento destacan por su vistosidad. Una es el área de *domus* o viviendas, donde brilla, con su patio de columnas, la del Médico, así llamada por haberse exhumado en ella diversos instrumentos quirúrgicos y un anillo con el símbolo de los discípulos de Esculapio. Y la otra, el foro o plaza mayor, que aparece rodeado por las típicas *tabernae* (tiendas), basílica (juzgados) y curia (ayuntamiento), y apoyado en su flanco oriental sobre un criptopórtico monumental, desde el que se domina un soberbio panorama, colgado como está a ciento ocho metros de altura sobre el embalse de Buendía.

